

# Los intelectuales y el feminismo

## Enrique Benítez Palma

Consejero de la Cámara de Cuentas de Andalucía.

ÉMILE ZOLA PUBLICÓ EN ENERO DE 1898 EL LIBRO QUE SE HA CONVERTIDO en el punto de partida de la historia de los intelectuales en el mundo: *Yo acuso*<sup>1</sup>. Un turbio caso de espionaje militar, originado varios años antes, acabó con el capitán Dreyfus, de origen judío, condenado injustamente, mientras que el verdadero culpable, descubierto gracias a las pesquisas familiares, el comandante Esterhazy, no sólo fue absuelto sino que fue protegido y jaleado por los sectores más conservadores, monárquicos y antisemitas de la sociedad francesa. Un esquema de comportamiento social (ya saben: uno de los nuestros) que por desgracia se sigue repitiendo hasta nuestros días.

La cuestión es que Zola consiguió convencer a muchos otros escritores de la inocencia de Dreyfus, y provocar un debate público que está en el origen mismo de la influencia de los hombres más formados e independientes en la volátil esfera de la opinión pública. No está de más recordar que el mismísimo término al que nos referimos, «intelectual», fue acuñado por primera vez por Saint Simon a principios del siglo XIX, en su tercera carta a los «cultivadores, fabricantes, negociantes, banqueros y otros industriales»<sup>2</sup>.

De esta manera, no pueden extrañar dos cuestiones. Por una parte, la amplia atención que estudiosos e investigadores de todo el mundo han prestado a esa figura colectiva de los intelectuales franceses, de Zola a Houllebecq, de Sartre a Derrida<sup>3</sup>. Por otra parte, parece que en el país vecino se ha configurado una suerte de tradición en torno a la irrupción de hombres (casi siempre) de letras (sobre todo) en el debate colectivo, a través primero de colaboraciones en revistas especializadas, de conferencias universitarias, de intercambios de polémicas, para dar paso

4

- 1 Zola, E.: *Yo acuso. La verdad en marcha*. Editorial Prensa Ibérica, Barcelona, 1998. Nótese la coincidencia de la edición de este libro con la conmemoración del centenario de la publicación original.
- 2 Sand, S.: *¿El fin del intelectual francés? De Zola a Houllebecq*. Akal, 2017, pp. 158—159.
- 3 Podemos citar aquí a Michel Winock (*El siglo de los intelectuales*), Tony Judt (*Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses 1944—1956*), Pascal Ory y Jean François Sirinelli (*Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*), Christophe Charle (*Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*). También es muy relevante como «contribución a la guerra en curso» la novedad editorial de Maximiliano Fuentes y Ferrán Archilés (eds): *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*. Akal, 2018.

**«No se conoce autocrítica procedente de los círculos intelectuales, que, además, deberían afrontar con celeridad su relación con la fuerza de cambio más poderosa del momento, que ha plantado cara a la ultraderecha y a los populismos, y que está luchando de verdad y con propuestas razonables y concretas para conseguir una sociedad más sensible y mejor para todos. Estoy hablando, claro, del feminismo.»**

en los nuevos tiempos de la sociedad del espectáculo y la diversión a las columnas en prensa, las tertulias televisivas y radiofónicas o la generación de disputas mediáticas sin más objetivo que la persecución de la notoriedad, valor supremo de los tiempos que corren.

Hablar de los intelectuales franceses en el siglo XX supone hablar de una deslumbrante constelación en la que figuran nombres como Benda, Sartre, Simone de Beauvoir, Camus, Malraux, Aron, Bourdieu, Foucault, Bruckner, Debord, Glüksmann, Lyotard, Castoriadis, Levinas, Derrida, Baudrillard, Morin, Barthes, Finkelkraut, Lipovetski, Virilio o Tiqun. Todos ellos han sido adecuadamente traducidos al castellano y publicados en España, en muchos casos por la editorial Anagrama en su fantástica colección de ensayos.

Conviene preguntarse si no se ha producido en España un intento de imitación de esta irrepetible galaxia de pensadores, algunos de ellos polémicos y muy contestados. La propia Historia de España señala las limitaciones para el debate público civilizado, que apenas hizo un esbozo de aparición en el primer tercio del siglo XX, para ser abortado de inmediato por la guerra civil y la consiguiente dictadura.

5

No obstante, los dos grandes debates en torno a la figura de los intelectuales y a su aparente desaparición —se habla del «fin de los intelectuales» parafraseando a Fukuyama y su profecía del «fin de la historia»— tiene que ver con dos cuestiones primordiales. Por una parte, el debate oportuno sobre la independencia de los intelectuales, sujetos todos ellos a las dialécticas binarias de la segunda mitad del siglo XX y a los postulados ideológicos de la Guerra Fría. Por otro lado, de un tiempo a esta parte, con las sociedades cada vez más polarizadas y en proceso de descomposición (regalo de las políticas neoconservadoras de los años ochenta), la pregunta que se formula es sobre la supervivencia de los intelectuales como figuras decisivas en un terreno de juego, el del intercambio noble de ideas que tratan de proteger el interés general, cada vez más sucio y embarrado. Sin embargo, nadie parece haberse preguntado hasta la fecha por qué la liga de los intelectuales es tan masculina, ni tampoco las razones por las que la intelectualidad masculina en general es tan alérgica al feminismo, a sus postulados, a sus investigaciones, a sus reivindicaciones. En 2018, sin embargo, son preguntas pertinentes.

El supuesto «fin de los intelectuales» ha hecho correr ríos de tinta, en muchos casos tinta necesaria, en otros superflua. Demasiadas reflexiones están cargadas de nostalgia de los buenos tiempos, en los que la sociedad escuchaba sumisa a sus hombres brillantes. El declive de los intelectuales, tal y como los habíamos conocido hasta ahora, nos debe remitir de inmediato a la realidad francesa, tan distinta, para poder formular una respuesta sensata. En otros países tan sólo se ha producido una vana imitación, un intento fallido de apropiación de la figura del intelectual de referencia, tan querida en el país vecino como denostada en la tradición española.

Hay al menos tres buenas hipótesis para tratar de comprender la desolación de los intelectuales en este nuevo mundo, veloz, feroz e hiperconectado. La primera surge a partir de una colaboración de Victoria Camps a raíz de la publicación en España en 2011 de *Una historia política de los intelectuales* (Alain Minc). Dice la Camps: «los intelectuales de hoy son los periodistas que escriben artículos de opinión, participan en tertulias y debates. Siguen contribuyendo, como siempre, a formar opinión, pero a través de los medios de comunicación y, por lo tanto, subordinados a las exigencias de cada medio»<sup>4</sup>.

Otra aportación relevante al debate la hace Maurice Blanchot, que escribe lo siguiente para referirse a la «dificultad» del intelectual en el mundo moderno: «esta dificultad puede ser paliada si el intelectual consigue hacer comprender que no lo es más que momentáneamente, y por una determinada causa, y que, para defender esa causa, él sólo es uno más entre muchos otros, con la esperanza (por vana que esta sea) de perderse en la oscuridad de todos y conseguir un anonimato que es incluso, en tanto que escritor o artista, su aspiración más profunda siempre desmentida»<sup>5</sup>.

*Last, but not least*, como dirían los anglosajones, podemos recurrir a la perspectiva crítica de Shlomo Sand, que afirma vehementemente lo siguiente: «en otro tiempo, el intelectual universal y subversivo se caracterizaba por la fuerza de su crítica a las injusticias sociales y, al mismo tiempo, por una tendencia a idealizar demasiado los mundos hostiles al suyo propio. El curso de las cosas se ha invertido: el nuevo intelectual, mediático y consensual, se reconoce por su conservadurismo, que celebra la jerarquía social y la cultura política ambiente, mientras pone en la picota a todos aquellos que, del exterior o del interior, la retan o amenazan»<sup>6</sup>.

El descrédito de los intelectuales, su declive, no tendría entonces que ver sólo con los cambios sociales, el imperio de la tecnología, la aceleración social (de la que tanto habla Hartmut Rosa), la inmadurez colectiva, el fracaso de la Educación, la dictadura de la velocidad, el enjambre o cualquier otra variable exógena. También tendría que ver, y mucho, con su propia subordinación interesada al poder (mediático y político), con su absoluta ausencia de humildad, con su afán desmedido por la notoriedad, siempre rentable en la sociedad del espectáculo (Debord) y de

4 Babelia, nº 1.057: *¿Dónde están los intelectuales?* 25 de febrero de 2012.

5 Blanchot, M.: *Los intelectuales en cuestión. Esbozo de una reflexión*. Tecnos, 2003, p. 113.

6 Sand, S.: Op. cit., p. 167.

**«Harían bien entonces los  
intelectuales auténticos en  
estudiar el feminismo y dejarse  
interpelar por sus preguntas,  
siempre incómodas, leer sus  
libros y artículos y aprender.»**

la diversión (Postman). Y por supuesto con la defensa de valores tradicionales y conservadores, con su apuesta por el regreso a un *statu quo* ideal en el que ellos, hombres cualificados brillantes, oráculos contemporáneos, merecían el reconocimiento social y todas las recompensas materiales y simbólicas derivadas de su autoridad intelectual, indiscutible por meritocrática.

No se conoce autocritica procedente de los círculos intelectuales, que además, deberían afrontar con celeridad su relación con la fuerza de cambio más poderosa del momento, que ha plantado cara a la ultraderecha y a los populismos, y que está luchando de verdad y con propuestas razonables y concretas para conseguir una sociedad más sensible y mejor para todos. Estoy hablando, claro, del feminismo.

**«El autodenominado «intelectual» ha pasado de ser un contrapoder a ser un aspirante al poder. A un poder, además, tecnocrático, incluso sofocrático (el poder de los sabios). Y eso le invalida para convertirse en un referente neutral, en un defensor objetivo del interés general.»**

Como se ha dicho, llama la atención en primer lugar la ausencia de mujeres en la mayoría de libros escritos sobre la historia de los intelectuales en los siglos XIX y XX. Hay un nombre fijo en todos ellos: Simone de Beauvoir. Lo demás es silencio. Alain Minc, en su libro ya citado, dedica un breve capítulo (¿quizás por la denostada idea de corrección política?) a dos mujeres francesas, Flora Tristán y Louise Michel. Y de la pléyade de intelectuales franceses mencionados, apenas Bourdieu prestó atención a *La dominación masculina*, publicado hace ahora, precisamente, veinte años. Un libro de obligada relectura.

Pero lo que parece mucho más grave es la ausencia de intersecciones entre la realidad difícil que nos atenaza y los asuntos que ocupan y preocupan (de verdad o de mentira) a los intelectuales (de verdad o de mentira) masculinos. Les enfada por ejemplo la ocupación del espacio público con lazos amarillos, pero jamás les ha inquietado la ocupación de ese mismo espacio por una violencia machista que impide de hecho la circulación libre de las mujeres cuando quieren y por donde quieren, sin sentirse en peligro. Defender esto es también defender la libertad. Les aterra el descrédito de las instituciones, cuando en sus manos la autonomía universitaria ha tenido resultados devastadores para el pensamiento crítico y la formación de los estudiantes. Les produce pavor el populismo, pero no son capaces de destacar ni apreciar (y mucho menos de escribir una columna) que las mujeres se han movilizado en todo el mundo para defender los valores de la democracia liberal de la que ellos se proclaman orgullosos custodios. Critican con avidez y aspavientos la política cuando «su aspiración más profunda, siempre desmentida», por utilizar las mismas palabras que Blanchot, no es otra que la de conseguir

alguna canonjía relacionada con la diplomacia cultural o la gestión a su antojo del presupuesto de cualquier ente público que disponga de coche oficial. Los intelectuales pretenden convencernos de que su reino no es de este mundo. Pero su reino aspiracional es mucho más terrenal y tangible de lo que nunca serán capaces de reconocer.

Por lo tanto, la crisis de las intelectuales deriva de su conversión, aparentemente invisible. El autodenominado «intelectual» ha pasado de ser un contrapoder a ser un aspirante al poder. A un poder, además, tecnocrático, incluso sofocrático (el poder de los sabios). Y eso le invalida para convertirse en un referente neutral, en un defensor objetivo del interés general. Cuando da ese paso al frente, el intelectual deja de hacer crítica para hacer política, para ocupar el poder que ahora ocupan otros. Y esa política que hace y escribe es por supuesto de parte, política partidista. Legítima, pero con intereses particulares. Subjetiva y no incuestionable. La ideología sale a la luz.

Esto explica que se sientan mucho más cómodos con Mark Lilla<sup>7</sup> que con Bourdieu<sup>8</sup>. Harían bien entonces los intelectuales auténticos en estudiar el feminismo y dejarse interpelar por sus preguntas, siempre incómodas, leer sus libros y artículos y aprender. La revolución del *MeToo*, con todo su significado y sus implicaciones, ha llegado para quedarse. La reacción de las mujeres de todo el mundo en la lucha por sus derechos (hace poco tuvimos buenas noticias sobre la ablación del clítoris, una práctica terrible en retroceso) ha llegado para quedarse. La implicación activa de las mujeres en la política, defendiendo los verdaderos valores de la democracia liberal es un hecho, y ha ocurrido en Alemania, en Brasil, en los Estados Unidos. Se acabaron los jurados masculinos, los grupos de expertos masculinos, las mesas de debate masculinas (*No sin mujeres*), el pensamiento único masculino.

Las grandes avenidas están hoy llenas de mujeres valientes y libres. Con su menosprecio hacia el feminismo, los intelectuales enmascarados reconocen implícitamente que están haciendo política ideológica, y no crítica luminosa. Ellos defienden la jerarquía social, el *statu quo*; el feminismo reclama la remoción de las barreras, la igualdad de las mujeres, el cambio inclusivo: feminismo o barbarie<sup>9</sup>. Tomar partido es más necesario que nunca. El progreso no puede detenerse. —

9

7 Lilla, M.: *Pensadores temerarios. Los intelectuales en la política*. Debate, 2004.

8 Bourdieu, P.: *Intelectuales, política y poder*. Eudeba, 1999.

9 Parafraseando a Castoriadis.